

LA VIOLENCIA EDUCA EN EL MIEDO

De quienes nos educan esperamos amor. Quien nos cuida, nos arropa. Las caricias tienen un ritmo lento y acompasado con la vida.

La violencia es el estallido inesperado que hace saltar por los aires cualquier atisbo de calor humano. Es el fracaso de la relación con letras de neón y bombillas que parpadean en un sórdido cartel degradado donde antes se leía "EDUCACIÓN".

La alusión a creencias del tipo "como se ha hecho toda la vida" no sostienen ningún argumento válido. Introducir cualquier acto violento en una tarea tan noble como es educar, es caer en una ceguera repentina que impide ver que el cambio que se produce en las criaturas responde al miedo y **NO** a ningún tipo de crecimiento interno. La antigüedad de algunas cosas no es garantía de nada. Quizá de obsolescencia, en todo caso.

Cuando te dan una bofetada, ese dolor tiene una réplica exacta en los adentros. Su funcionalidad es cortoplacista y con unas consecuencias demasiado graves. Es como utilizar una granada para cortar una rama. Demasiada guerra para sembrar la paz.

Desde mi ser maestra, la brutalidad y lo que arrasa su incandescencia, me escandalizan y me hieren. Mi cuerpo no sabe pronunciar ningún apoyo ni complicidad hacia ella. Porque en el acto de educar subyace el amor, se sostiene la relación.

Recordar escenas de la infancia donde el colegio o la casa eran lugares en los que era tan pensable y posible la violencia, me hace desear, en primera persona, otra experiencia para mi alumnado. En los hogares no podemos estar, pero sí en las aulas.

Podemos compensar el dolor y el eco de los gritos con un acompañamiento atento que devuelva algo de dignidad a las infancias secuestradas por la violencia. Y, por descontado, no añadir, rotundamente, ninguna forma de violencia a la experiencia educativa que sucede cada día lectivo, cada hora.

Mar Celadas